

Señoras y señores:

Los fervores, las admiraciones y hasta los hipócritas reconocimientos, se vuelven rutina, liturgia obligatoria, a medida que el tiempo nos va separando de los días dramáticos que vivió nuestra Patria, protegida y guiada por el esfuerzo de nuestros héroes. Hay algo más: las palabras entusiastas que se pronunciaron cuando estaban próximas sus hazañas o sus inmolaciones, fueron cantos, cantos bellos, pero el predominio de la melodía del verbo era debido a que aún no se necesitaba el recurso histórico; pero a medida que la distancia temporal ha ido creciendo, los himnos, himnos de clásica tradición, fueron entrando en la zona tibia de los relatos, de las enumeraciones, de los análisis con pretensiones de justipreciación doctoral. Más tarde, la devoción, el sentimiento de gratitud y ya y el canto de alabanza, sucedido, como he dicho, por las narraciones más o menos detalladas de las gestas patrias en que intervinieron nuestros caudillos y nuestros pensadores, han ido cayendo en regiones casi hostiles de nuestro pensamiento, a título de que nos hemos sentido críticos necios y con la audacia irrespetuosa para formularles cargos por lo que hicieron o por lo que dejaron de hacer.

Lo anterior lo he observado y los podéis observar vosotros, estudiando la oratoria cívica respectiva usada en las conmemoraciones cuyas ceremonias se han efectuado en lugares que podríamos calificar de solitarios, si no fuera por la presencia de quienes materialmente se ven obligados a concurrir.

Señores: palabra de maestro es aquella en que la amargura producida por la incomprensión expresó esta queja que resuena a través de los siglos: "me llamais maestro, pero vuestro corazón está lejos de mí". De este gemido amoroso, ante la indiferencia, ante el olvido y ante las hostilidad, es del que quiero hablaros por unos momentos, esperando de vosotros el mínimo de simpatía que permita ser escuchado con alguna atención, misma que merece de mi parte el agradecimiento debido.

Los héroes son iguales entre sí; no hay héroes grandes y héroes pequeños. El heroísmo, como en el arte la belleza que se logra en la obra estética, implica identidad de naturaleza en los actos: todo acto heroico es igual a otro acto heroico, como toda obra de arte es tan bella como otra obra de arte. De lo dicho, puede desprenderse la afirmación de que en México los jui---

con que he ejemplificado, contienen la noción de dos valores: la belleza y el heroísmo;

atino el que inspira estas palabras al hablar del Padre Morelos.

Como suele haber conciencias ciegas para percibir los valores, hay que recordar la doctrina axiológica, para poder predicar el heroísmo, aunque sin incurrir en las ampulosas exposiciones doctorales.

El héroe, aunque parezca lo contrario, nunca es víctima, nunca es un sacrificado; los verdugos que lo inmolan sólo son sus instrumentos, únicamente son los medios adecuados para que se consume su preclaro destino. El heroísmo es una vocación que realizan los hombres obedeciendo un imperativo de su propia conciencia. El héroe es autónomo. El es, como dijera Ortega y Gasset, un hombre(algo en sí mismo) y su circunstancia (los factores de la determinación. Si nos interrogamos qué es un héroe, podemos respondernos que es un hombre que realiza una conducta generosa en grado máximo, puesto que en la balanza de su esfuerzo empuja de la virtud, pone su propia vida convoluntaria lucidez. El héroe es desinteresado, omitiendo, claro está, ^{interés} aquel/que se implica en la obtención del logro que propugna; goza con ello--el dolor es en este caso alegría, júbilo, dicha, porque consume un ideal en favor de la humanidad, aun cuando sea individual el éxito privilegiado con su dádiva. Y tenemos que replicarnos diciendo que la unicidad del beneficio sólo es aparente, porque el acto ejemplar beneficia al género humano. El heroísmo es siempre regalo, nunca adquisición. Cuando ésta aparece, el héroe se deshace. Por este cobro significa la adquisición de bienes, hay tantos figurones que son falsos héroes, no obstante que quienes participan de un éxito, quieran santificar mercaderes. El Padre Morelos, como sus auténticos hermanos en heroísmo, quiso ser SERVIDOR DE SERVIDORES, como ya lo sabemos--y no estamos en la escuela para dar clases de historia--, y a cambio de ello nada adquirió para su propia persona, sino morir, convirtiendo a la muerte en la carta final que jugaba en el azar circunstancial de su destino.

Creo, señores, que lo que nos hace falta en la escuela mexicana y en general en todos los aspectos de nuestra vida, es predicar el antinamiento de lo heroico, la vocación del sacrificio propio en beneficio de todos: realizar aquella máxima que precede del culto campesino en las religiones agrícolas, cuando alude al grano de trigo que se cultiva en la tierra nos devuelva espiga pródiga con múltiples granos nutricios, ES NECESARIO QUE UNO MUERA POR TODOS.

Que ningún alarmista vaya a decir, después de mis palabras, que he venido a predicar la muerte en nombre del Padre Morelos, cosa que es por cierto, algo a lo se tiene derecho; podemos hacer una interpretación más al alcance de la generalidad, sin que esto niegue la tesis principal, porque sin ella ni la atenuación que propondré sería válida: aprendamos a renunciar. El que sabe renunciar es poderoso, porque con nada se le puede esclavizar; y no hay más eficaz poder que el de ser libre. Renunciemos, pues, a todo lo que nos aleje de la libertad. Y de ella nos separa la fuerza, la fuerza bruta y la fuerza armada de las tiranías; nos separa la ambición, porque nos impide ver el peligro que significa explotar a los hombres que un día, por su cólera y por la fuerza del número, en su condición de desamparados, puede destruirnos; nos separa de la libertad la ignorancia, porque nos impide formar opinión y sumar los elementos racionales de cada ciudadano para influir en el mejoramiento de nuestras instituciones patrias; y nos separa el cúmulo de pasiones de todas clases que anidamos en nuestro interior, porque nos obstaculiza mortalmente, para fundirnos en la naturaleza de la humanidad, y conseguir el más noble humano, de carne y sangre, con que de ser buenos, habríamos de formar la indestructible muralla que nos protegería contra el mal que, si bien es cierto que puede proceder de los demás, hombres o naciones, tiene su mejor aliado en nuestro mal interior, que es acerca del cual os pido la renuncia, solicitud apremiante que os hago como maestro, y en nombre de un excelso maestro, porque lo fue en la renuncia y en el sacrificio, el Padre Morelos, dicho cariñosamente, filialmente, o nuestro héroe el Generalísimo D. José María Morelos y Pavón, llamado así con los términos solennes y majestuosos de la Historia.
